

Las ILUSTRACIONES

Germán Londoño



Las “ilustraciones” de GERMÁN LONDOÑO

Un artista de pasiones fuertes arriesga sus dones –y su propio equilibrio– al internarse en el ojo del huracán, exponiéndose a quedar a merced del tiempo y desechando la seguridad de una prudente distancia, cuya sabiduría no sería en su interior más que una limosna de serenidad, desdeñada por el clamor de sus emociones, por la exigente plenitud de su fuerza. Germán Londoño es un artista excepcional, no sólo por el vigor de su respuesta a “la noche de los asesinos” que ha vuelto sobre la Colombia gentil y humilde, sino por la vitalidad con que se ha detenido ante los muertos insepultos, frente a los animales de caza que recorren el vasto grito de su geografía, y frente a la vulnerada condición humana. Londoño ha respondido, tanto a la animalidad como a la indiferencia, con una inteligencia ardiente, hundiéndose en lo que este nuevo ritual más detesta, en lo más humano: el mito. Y no ha recurrido a ninguna de las nuevas “formas” del llamado arte contemporáneo para su enfrentamiento, lo ha hecho con el más antiguo de los poderes, que lleva más de 20.000 años lidiando con dioses, bestias, bosques y hombres: la Pintura.

Por el camino que hoy nos aleja de la experiencia directa y verdadera con los demás hombres y la Naturaleza, hemos desembocado no en otra realidad, sino en algo que la reemplaza, en su negación, en la irresponsabilidad del porvenir, en la estupidez ciega de creer que el mundo comienza y termina en nuestra piel, en una criatura vaciada de humanidad, impúdica y al mismo tiempo ajena a las pasiones que la han formado, sin mutilarla ni ocultar su rostro ni su risa.

Londoño no le habla al individuo –¡capaz de todo!– que camina por una frágil civilización, sino al Hombre, a la bestia humana, que puede elegir entre la suavidad y el vigor, o su completa y amanerada desfiguración actual. Londoño le habla al hombre que brilló en los mitos, amasijo de luz y sangre, y del que llevamos sus mismos nervios, sus abismos y encantamientos, su hambre, su brutalidad, su poder y su profunda humanidad.

En los bocetos que recorren este quinto número de la Revista, tenemos el privilegio de ver formarse la figura en la cual Londoño encarnó la insopor- table deformación humana que ha vuelto a levantar sus tiendas en Colombia, figura que retrocede en el tiempo hasta llegar a una forma de salvajes maneras religiosas, una forma mítica, capaz de contener toda la insopor- table ferocidad de una energía salida de madre. Sólo así puede expresarse lo incontenible en cualquier forma moderna y darle forma a lo que no la tiene, forma bestial y humana, para llegar a la verdad de lo que “nos sucede”, y ver a los ojos a la espantosa Medusa sin quedar convertidos en piedra o sin arder en su visión. Todos los bocetos de Londoño desembocan en su pintura, en la creación de una “nueva” figura “humana”, que concentra el arte moderno, desde el impresionismo hasta el expresionismo, potenciándolo con formas del arte antiguo, plasmadas mucho antes del humanismo cristiano y antes del arte griego. Su deformación nos lleva muy lejos en el conocimiento del hombre, en su lento levantar el hocico de la sangre fresca.

Construir con unas cuantas líneas esta “extraña” figura –habría que decir “hallar”– requiere genio –para no extraviarse en nuestra misteriosa os- curidad– y una madurez de visión verdaderamente excepcional, que ejerce sobre nosotros un influjo directo y legítimo. Una vez más, pareciera que sólo el arte puede ver en las profundidades que nos habitan, y encauzar la fiera del hombre sin disminuir su fuerza, oyendo lecciones del pasado.

Los dibujos inéditos que se presentan ya como obra (reciente), dejan en evidencia la caudalosa corriente que ha aflorado a su clarividencia y que mueve nuestra volátil alma en peligro al mismo tiempo que los solitarios huracanes, que como raza de gigantes deambulan por el mundo. Repito, sin recurrir a ninguna forma del “arte contemporáneo”, Londoño ha logrado con la pintura ver la verdad y no perder la razón en su visión terrible. El Arte es el escudo de Perseo.

SANTIAGO MUTIS D.















